

Una ciudad campesina, un campo urbanizado

Armando Bartra

Durante cinco siglos la relación entre la ciudad de México y el campo del altiplano y ha sido mala. Mala y desventajosa para el campo. Y por el bien de todos, de los chilangos de surco y de los chilangos de banqueteta, es necesario cambiar la crónica desavenencia por un acuerdo mutuamente beneficioso.

Debemos avanzar hacia un futuro defebño donde lo urbano y lo rural se lleven bien, donde el campo y la ciudad estén mejor avenidos. Y será más fácil imaginar este futuro si volteamos un poco hacia el pasado. Porque hubo un tiempo feliz en que esta región era un prodigio de agricultura: un suntuoso vergel que alimentaba -y bien- a todos los habitantes de Tenochtitlan, por entonces la mayor ciudad del continente. Años en que esta cuenca, que llamamos valle, era ejemplo de que es posible la convivencia armónica, la complementariedad entre la urbe y su entorno agrario.

Se nos olvida, pero avecindados de antiguo en una cuenca lacustre, los chilangos fuimos gente acuática. Las grandes aguas se fueron -más bien las corrimos a la mala- y ahora sólo nos acordamos de ellas durante la temporada de lluvias, cuando brotan a chorros por las alcantarillas como si el lago enterrado quisiera regresar. Y también en los terremotos, cuando el subsuelo lodoso multiplica la fuerza de los sacudones. Pero si no llueve o tiembla, los defebños poco pensamos en el gran lago extraviado.

Los que sí se acuerdan del lago son los pueblos del sur, chilangos medio urbanos y medio rurales que, a pesar del histórico saqueo hídrico al que los hemos sometido, son aun pueblos del agua. Comunidades de tradición campesina como las que persisten en Xochimilco, Tláhuac, Milpa Alta, Tlalpan y Álvaro Obregón, que junto con Cuajimalpa y los municipios mexiquenses de Chalco, Tlalmanalco y Amecameca son las que apagan nuestra sed al captar las lluvias que, sumadas a otras fuentes más distantes, alimentan la infinita red de caños y tuberías que abastece a la gran ciudad.

Pueblos del sur a los que estamos secando y matando como pueblos. Porque ellos viven del agua y nosotros se la robamos. Y el crimen es también un suicidio pues del agua que

ellos aun infiltran, vigilan y conservan vivimos también nosotros, los sedientos, resecos e insaciables chilangos de banqueta.

De eso hablaban hace unas semanas los campesinos de las Delegaciones sureñas del defe, en un Foro celebrado en el plantel San Lorenzo Tezonco, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Ahí el maestro chinampero José Genovevo Pérez Espinosa, de Xochimilco, exaltaba las virtudes de un milenario sistema de cultivo que al principio sirvió para ganarle tierras al lago, y que en su Delegación, en la de Tláhuac y un poquito en la de Milpa Alta aún persiste. Por su parte Juan Carlos Loza Jurado, nativo de Malacachtepec Momozco, hacía el elogio de las terrazas que permitieron a los del antiguo señorío cultivar los cerros, reteniendo la tierra y el agua mediante escalones artificiales.

Pero esos prodigios apenas subsisten porque durante los últimos cinco siglos los nuevos avecindados en la cuenca hemos venido cometiendo un alevoso y premeditado acuacidio.

Hace 700 mil años, alimentada por los escurrimientos de la formación volcánica Ajusco-Chichinautzin y los ríos que más tarde se llamaron San Lucas, San Gregorio y Santiago, la cuenca de México se hizo lago. Las riveras comenzaron a poblarse hace cinco mil y hace menos de mil una de las siete tribus provenientes de los míticos Aztlán y Chicomostoc, los xochimilcas, que se había asentado en la zona sur del lago, desarrolló sofisticadas técnicas agrícolas.

En las orillas hicieron chinampas: islotes de lodo cercados con árboles de Ahuejote, con los que ampliaban la superficie de cultivo. En las zonas de pendiente, para evitar que al desmontarlas el agua corriera y deslajara la tierra, construyeron terrazas reforzadas con piedra volcánica.

Las chinampas son un sistema único y pueden sostener entre tres y cinco ciclos agrícolas anuales con una producción de hasta cuatro toneladas y en los que se cosechaba entre otras cosas maíz, frijol, amaranto, chile, tomate, calabaza, chayote y quelites. La producción de la zona alcanzó su máximo entre 1 400 y 1 520, años en los que alimentaba a unas 170 mil personas y era el sustento de las ciudades de los pueblos nahuatlacos y en particular de la Gran Tenochtitlán. Los mexicas hicieron obras

hidráulicas, como el albardón que mantenía separadas las aguas dulces de las saladas, pero nunca rompieron el ciclo hídrico.

El criminal acuacido comienza en la Colonia, mediante grandes obras de desecación y control de aguas que se prolongan durante el México Independiente. Con el siglo XX se inaugura el gran túnel y canal que saca al río Tequisquiác las aguas de la cuenca, con lo que absurdamente los escurrimientos naturales se encauzan al drenaje primario. Se inician también las obras para capturar las aguas de los manantiales de Xochimilco y conectarlas a la red de agua potable de la ciudad, entubamiento que se inaugura en 1910. En los treinta de la pasada centuria se acelera la extracción de agua mediante pozos profundos, saqueo hídrico del subsuelo que desde entonces supera la capacidad de recarga de los mantos freáticos.

Con esto se cierra el círculo y para el medio siglo han desaparecido por completo los viejos lagos de Chalco, Texcoco, San Cristóbal y Xaltocan, y los humedales de Tláhuac y Xochimilco están prácticamente secos. Situación catastrófica que en lo que toca al sur del defé se trata de mal controlar devolviéndole aguas tratadas en las plantas de Cerro de la Estrella y San Luis Tlaxiátemalco. Hoy lo que queda del vergel son unos 200 kilómetros de canales, todos contaminados y muchos intransitables por el lirio acuático o porque han sido rellenados. Y bordeándolos algunas chinampas donde se siembran sobre todo flores y hortalizas. El viejo esplendor se perdió, y con él se esfumaron el pescado blanco y la almeja de Xochimilco, y casi se extinguieron el ajolote y el acocil.

Esta situación debería hacernos reflexionar. Y lo primero es tomar altura. América Latina no es la región más desarrollada del mundo; Europa, los Estados Unidos, Australia, y ciertos países de Asia están mucho más industrializados que nosotros. Y sin embargo nuestro subcontinente es el más urbanizado de todos. Hace apenas medio siglo las mayorías de la región habitaban en el campo. Ya no es así, hoy ocho de cada diez latinoamericanos nos hacíamos en ciudades. Ciudades enormes como el Distrito Federal, como Sao Paulo, como Rio de Janeiro, como Buenos Aires, que entre las cuatro cobijan a 70 millones de habitantes.

Y de estas, nuestra ciudad es la mayor. Pero, con todo y su enormidad que lo hace muy difícil de habitar y de administrar, el defé tiene un privilegio. Nuestra entidad, que Dios mediante algún día será federativa, dispone de muchísimo suelo de conservación. Y dentro e este cuenta con 300 kilómetros cuadrados de tierras potencialmente agrícolas.

Dicho de otra manera: nuestra ciudad es campo. El defe, la circunscripción administrativa de la mayor urbe de América Latina, es abrumadoramente rural. Una ruralidad que ciertamente está en peligro pues la mancha urbana se expande desordenadamente y hoy tenemos alrededor de 900 asentamientos irregulares sobre suelo de conservación.

El problema es que este entorno no se aprovecha adecuadamente. El extenso campo chilango no se ocupa ni se emplea de manera sostenible. Y preservar de la urbanización anárquica y de las invasiones ilegales un territorio enorme y mayormente despoblado, es tarea imposible. Si el perímetro rural de la megaurbe no es ocupado por comunidades campesinas dispuestas a preservarlo y aprovecharlo, no habrá fuerza pública que pueda defenderlo de la urbanización hormiga, que pueda impedir su invasión por poblamientos desordenados y ecocidas.

Sólo la agricultura sostenible y otros aprovechamientos amables con el medio ambiente, pueden frenar el crecimiento depredador y suicida de la mancha urbana. Y sin embargo, la agricultura defeña está en caída libre.

A principios de los ochenta del pasado siglo la ciudad tenía casi 40 mil hectáreas bajo cultivo, mientras que hoy quedan sólo 22 mil, de las que 7 500 son de avena forrajera, unas 6 000 de maíz -de grano y elotero- cerca de 4 500 de nopal verdura, y en las chinampas algunas hectáreas de hortalizas, plantas de ornato y flores.

En tres décadas la superficie sembrada se redujo a la mitad, de modo que cada año se pierden para el cultivo cerca de mil hectáreas, dos cada día. Y todas las semanas un campesino defeño decide dejar de sembrar. Día tras día, hora tras hora avanza el asfalto y retrocede el surco. Progresión suicida que hemos de parar cuando aún estamos a tiempo.

De los nueve millones de habitantes que tiene la ciudad de México sólo 16 mil personas se ocupan en actividades agropecuarias. Pese a que en su mayor parte el defe es campo la población rural no llega aquí a 0.3% del total. En la entidad las familias campesinas no pasan de 12 mil. Es decir que en términos numéricos la agricultura chilanga no existe. Sin embargo cualitativamente el campo defeño es muy importante, pues en los reductos agropecuarios que aún se conservan es donde podemos encontrar la inspiración necesaria para empezar a revertir la decadencia de nuestra ciudad.

Y es que los pueblos del agua no se dan por vencidos. Gracias a sus siembras y saberes don José Genovevo, el maestro chinampero de Xochimilco, pudo mandar a la universidad a sus tres hijos. Esta es la buena noticia. La mala es que los flamantes graduados le piden a su papa que venda o rente la chinampa, pues ya con título ellos no la piensan cultivar. Más no todo está perdido. Baruc Martínez Díaz, un joven nahuatlato de Tlahuac, que inauguró en su lengua el Foro de San Lorenzo Tezonco, dice que cuando niño odiaba la agricultura de la que vivía su familia, pues sus compañeros de escuela le hacían burla por “campesino”. Hoy Baruc está terminando su doctorado en historia por la UNAM... y está reaprendiendo a sembrar. La gente del agua está de regreso.

Un ejemplo de buena relación entre ciudad y campo es el cultivo del nopal verdura en los pueblos de Milpa Alta.

Hace unos 35 años los de Momozco empezaron a desarrollar en escala comercial dos de las actividades que hoy sustentan su economía. En San Pedro Atocpan, el mole, y en la mayor parte de los pueblos de la Delegación, el nopal verdura, que con pequeñas extensiones de forrajes y otros cultivos conforman hoy su agricultura.

En tres décadas la zona -junto con áreas colindantes de Morelos- se volvió una de los mayores productores mundiales de nopal y de romeritos. Y paradójicamente este modesto despegue agrícola fue posible no a pesar de la ciudad, en cuyas orillas habitan, sino gracias a ella. Los milpaltenses no le dieron la espalda al monstruo urbano. Al contrario buscaron en su vecindad las ventajas comparativas que representa un enorme mercado. Porque son el nopal y el mole, pero también, el amaranto, algunos dulces, las carnitas de puerco...

De ser una maldición, estar en las orillas de la Capital se volvió una ventaja y en vez de viciosa la coexistencia con la megaurbe devino virtuosa. Paradójicamente, a los de Milpa Alta ser chilangos les permitió seguir siendo campesinos. Campesinos chilangos, que no es lo mismo que campesinos a secas, porque la relativa bonanza económica de los que se dedican al nopal verdura mejoró el nivel de vida de las familias y permitió que muchos de los jóvenes estudiaran carreras universitarias.

Algunos pensarán que por ello los de Momozco se aculturaron. Pero no, al contrario, el alto nivel educativo de los pueblos tradicionales del sur propició el renacimiento de las

viejas identidades. Las nuevas generaciones de milpaltenses han descubierto que se puede ser urbano siendo rural, que se puede ser campesino y a la vez ciudadano, que hay modo de ser indio y a la vez “gente de razón”.

En Milpa Alta hay broncas: el nopal tiene problemas de plagas, de clima, de precio y de competencia con los productores de Tlalnepantla Morelos. Además de que se está perdiendo el bosque por obra de los talamontes y menudean los conflictos y los pleitos con la Delegación. El viejo Malacachtepec Momozco está lejos de ser un paraíso. Pero su ejemplo puede ser inspirador. Y es que al transformar la amenaza urbana en oportunidad, demostraron que el campo chilango no tiene que pelearse con la ciudad, no tiene que resistirla que negarla o que volverle la espalda. Al contrario los chilangos de surco y de banqueta nos necesitamos mutuamente y debemos aprender a convivir.